

Dos piezas de á veinticuatro, al mando del capitán Huger, en un punto elevado del terreno, batiendo nuestro flanco izquierdo á una distancia de quinientas varas de los molinos.—Esta batería dominaba completamente la posición, y arrasaba la era de que hemos hablado, situada fuera de los edificios.

Dos piezas de campaña fueron colocadas en otra pequeña altura, que dominaba el camino real de Tacubaya á Chapultepec, y al mismo tiempo ofendía á los molinos.

La batería de seis piezas, al mando del coronel Duncan, se colocó sobre la llanura al frente de la Casa-Mata y en disposición de ofender, ya á los molinos, ya á la Casa-Mata, ya á nuestra caballería, que los amagaba por el flanco. A poca distancia de esta línea estaba la reserva, dispuesta á acudir donde la necesidad lo exigiera.

Examinado el terreno, colocadas las dos fuerzas beligerantes en sus respectivas posiciones, la batalla debía comenzar.

Así sucedió en efecto. Al rayar la aurora del día 8, la batería enemiga de á veinticuatro rompió el fuego sobre el molino, y la artillería de Chapultepec contestó.

Los enemigos dispusieron una columna de asalto, compuesta de cosa de mil hombres, y protegida de la batería de á veinticuatro, avanzó á paso de carga.—A esta columna la seguía á poca distancia el batallón de infantería ligera, al mando del coronel Smith, y ambas fuerzas, con decisión y firmeza, marchaban hácia el frente de los molinos.

La tropa perteneciente á la brigada del general Leon, estaba distribuida en las azoteas y en el acueducto. Luego que los americanos estuvieron á buena distancia, se les rompió por nuestras fuerzas un vivo fuego de fusilería.

Mas como hemos asentado, mucha parte de las tropas que cubrían nuestra línea no se hallaban en ella, y la artillería no tenía fuerza que la sostuviera: la columna de asalto llega hasta el punto donde estaba la batería que hemos dicho, y era un magueyal situado frente de los molinos. Se apoderó de tres de nuestras piezas, prorumpió en hurras por su fácil victoria, y se retiraba en tropel con sus trofeos, sin duda para embestir de nuevo, pues como hemos dicho, tenían la orden de tomar á viva fuerza las posiciones.

Las baterías del castillo de Chapultepec seguían jugando con acier-

to sobre la primera línea de batalla de los enemigos, que ya hemos descrito.

El 3.<sup>er</sup> regimiento ligero, mandado por el coronel D. Miguel Echagaray, que según recordará el lector, se situó en la noche en Chapultepec, sin que nosotros háyamos alcanzado las razones por qué se dictó semejante orden, apareció en los molinos en el momento en que los enemigos se acababan de apoderar de nuestras piezas.

Echagaray, valiente, patriota, deseoso de distinguirse, arenga á sus soldados, los anima, les da ejemplo, y la columna victoriosa con mas de ochocientos hombres, se encuentra acometida repentinamente por quinientos de esa buena infantería mexicana, que cuando ha sido conducida al combate por oficiales de pundonor y conciencia militar, ha merecido grandes elogios de los mismos enemigos.

La columna americana, turbada un momento con este ataque, se retira precipitadamente. El 3.<sup>o</sup> ligero la persigue haciéndole un vivo fuego. Los enemigos abandonan las piezas: nuestros soldados entusiasmados dejan la artillería reconquistada en medio de las lomas, y continúan haciendo un estrago horroroso en los asaltantes, y llegan precisamente hasta tiro de fusil de la línea de batalla enemiga.

Pero esta tropa, que tan brillante comportamiento habia tenido, se encuentra sin apoyo. La ala derecha batida por la artillería de Duncan y amagada por una formidable columna, no puede prestar ningun auxilio; la fuerza de reserva no aparece en el campo de batalla, y la numerosa caballería, fria espectadora del conflicto, intenta, pero no verifica, movimiento alguno sobre el enemigo. El general D. Simeon Ramirez, que mandaba el centro de la línea, y que debia haber auxiliado con sus fuerzas, ya á la izquierda, ya á la derecha, supuesto que no era atacado, aparece un momento en los molinos, pero abandona el campo de batalla, y no se le vuelve á ver mas en esta importante función de armas, que podia muy bien haber decidido en favor de la República. D. Carlos Brito, otro gefe cuya posición y mando en la batalla eran importantes, va á resultar en la villa de Guadalupe, sin que sepamos el motivo. Echagaray, que conservaba bastante sangre fria para calcular los acontecimientos, se ve comprometido á una gran distancia de nuestras posiciones: rodeado de numerosas fuerzas enemigas, cesa de perseguir á la columna, y se retira recogiendo las pie-

zas de artillería, y la tropa multitud de despojos; circunstancia que unida á este momentáneo triunfo, embriagó materialmente de júbilo á estos buenos soldados, que limpiaban sus armas con orgullo; y entre la nube de humo que se levantaba lentamente de estos risueños campos, se elevaban tambien los gritos de entusiasmo y de rogocijo, repetidos por las tropas que guarnecian la Casa-Mata.

No olvidemos añadir, que al retirarse el 3.º ligero, perdió alguna gente por la mala puntería de los soldados que guarnecian el acueducto.—El lector, á quien queremos poner al alcance aun de los sucesos mas minuciosos, notará que esta funcion de armas se puede decir que fué positivamente casual, y no intervino el mando y las órdenes de un general en jefe, ni la combinacion que deben naturalmente tener unos puntos con otros en un campo de batalla.

Este primer suceso varió las disposiciones de los americanos, y su línea de batalla tomó una segunda posicion.

Reforzados nuevamente, organizaron sus fuerzas de la manera siguiente.

Una columna, aumentada con la reserva de la brigada del general Cadwallader, se dirigió de nuevo sobre los molinos.

Otra, sobre el frente de la Casa-Mata.

Y la tercera, tomando una línea diagonal al Norte para atacar un ángulo de la misma Casa-Mata.

La batería de cuatro piezas de Duncan fué avanzada, colocándose en la prolongacion de la capital del ángulo, es decir, tambien en direccion diagonal de la Casa-Mata, y en disposicion de hacer fuego á la caballería.

Las compañías de dragones fueron enviadas contra nuestra caballería, y dos piezas ligeras avanzaron para batir el acueducto.

Entre tanto, nuestras fuerzas habian ocupado de nuevo sus posiciones; pero ni estaba por esto mas reforzada que ántes nuestra línea, ni la reserva se hallaba lista para auxiliar el punto mas atacado, y la caballería, vacilante, no se decidia á cooperar al buen éxito de la segunda lucha, como tampoco lo habia hecho en el acontecimiento anterior de que nos hemos ocupado.

Las baterías de ámbas partes no habian dejado de jugar; pero el ruido de la fusilería cesó un momento, y al disiparse el humo, dejaba

ver las columnas enemigas que con decision avanzaban de nuevo sobre los molinos y Casa-Mata, en el orden que hemos descrito.

La batalla comenzó segunda vez, y á pesar de lo desventajosa que era ya nuestra línea, no se notó en toda la infantería, ya de Guardia Nacional, ya de línea, sino el entusiasmo mas ardiente, el deseo mas vivo de combatir.

La columna que asaltaba los molinos, como en la vez primera, fué recibida por un horrible fuego de fusilería.

Las tropas estaban colocadas en el acueducto y en las azoteas: ademas, en la era permanecian algunas fuerzas del tercero ligero, con una pieza de artillería; y detras de una pequeña zanja, en cuya orilla todavía existen plantados algunos magueyes, colocó el coronel Echagaray unos tiradores, que ofendian considerablemente al enemigo.

Los americanos volvieron en esta vez, si no á retirarse, al ménos á vacilar en su tentativa.

La segunda columna, al mando del coronel Mac-Intosh, protegida como hemos asentado, por la batería de Duncan, avanzó resueltamente á la Casa-Mata.

Las tropas mexicanas que la guarnecian, no pueden contener su entusiasmo; saltan de los parapetos, forman su línea, avanzan sobre el enemigo valientemente, comenzándole á hacer fuego cuando estaba á distancia de veinticinco varas. El jefe y los principales oficiales americanos, que conducian esta columna de asalto, caen heridos ó muertos: los soldados quedan momentáneamente sin jefe, y agobiados con las descargas de fusilería, huyen precipitadamente, y solo van á reunirse al punto donde estaba situada la batería del coronel Duncan.

La tercera columna, inclinada hácia una barranca que dividia el terreno de la accion, del que ocupaban nuestros cuatro mil hombres de caballería, aparecia inmóvil, pero imponente.

Los americanos rechazados de la Casa-Mata, vuelven de nuevo á organizarse: la columna que habia estado inmóvil, se mueve, y considerables fuerzas cargan de nuevo sobre la Casa-Mata.

La batalla se hace general. El estruendo de la artillería y fusile-

ría se asemeja á la esplosion de un volcan, y el humo envuelve á los combatientes.

Durante estos momentos, y nos vemos precisados á decirlo porque á ello nos obliga la verdad histórica, se habian enviado al general Alvarez, con la órden terminante de que ejecutara violentamente la carga, al capitán Schafino, al licenciado D. Juan José Baz y al coronel Ramiro. El general Alvarez se escusaba, diciendo que algunos de los gefes no querian obedecer. Otros de esos gefes disputaban en aquellos momentos que no era á propósito el terreno, y que no habia por donde pasar.—Sea de esto lo que fuere, el caso es que la caballería, léjos de pasar por el lugar que habia demarcado el general Santa-Anna, cambió de dirección, intentando buscar el paso por otro punto casi inaccesible. Una de las piezas de á 24 del capitán Huger contuvo el segundo intento de la caballería, como las dos piezas de la batería de Duncan habian contenido el primero.—Es menester añadir, que el mayor Sumner, á la cabeza de doscientos setenta dragones, pasó precisamente al encuentro de nuestra caballería, por el lugar que el general Santa-Anna habia indicado como punto accesible, y que ésta no destruyó como debia, á la débil fuerza que le ofrecia una batalla.—El coronel de Mina, D. Lúcas Balderas, habia sido herido en un pié al principio de la accion; pero entusiasta y pundonoroso como Echagaray, no quiso retirarse, y apareció á la cabeza de su batallon en el momento en que los americanos hacian un tercero y formidable esfuerzo para vencer la posición de los molinos. Atento Balderas á sus soldados, se adelantó quizá temerariamente, y cayó atravesado de una bala. La guerra nos arrebató uno de los mejores ciudadanos, uno de los militares mas valientes, uno de los hombres mas honrados; pero murió rodeado de todo el prestigio del valor y de la gloria.

El general Leon, mudo, sereno, indiferente, se paseaba en medio de una lluvia de balas, y sin retroceder un paso de su puesto, recibió una grave herida de que sucumbió, terminando su carrera, como Balderas, de una manera gloriosa, y dejando una memoria grata á los mexicanos.

Echagaray, el valiente coronel que hemos visto rechazar el primer ataque, y rescatar nuestras piezas de artillería, y el oficial de ingenieros Colombres, hacian en los molinos esfuerzos dignos de que los

hubiera coronado la victoria. Se hallaban tambien allí, animando á los soldados y prestando útiles servicios, el general D. Matías Peña y el coronel Cano.

El valiente capitán Mendez, del 3.º ligero, ayudado del teniente Martinez, continuaban en la era haciendo un fuego terrible con la pieza de artillería, hasta que sucumbió el primero, y una parte de su fuerza fué arrebatada por la batería que hemos dicho habian acercado al acueducto.

Los soldados de Mina, valerosos, entusiastas hasta un grado infinito, y guiados por sus gefes Aleman, Diaz y otros, hacian esfuerzos desesperados con muy buen éxito.

En medio de esta lucha encarnizada, los enemigos llegaron á la puerta del Molino. Desalojados todos los tiradores que estaban en el acueducto, una parte de las fuerzas enemigas pasaron del otro lado de la cerca, y al abrigo de las milpas penetraron por detras de los edificios, teniendo que romper una puerta y sostener aun otra lucha contra algunos soldados que la defendieron.

El elogio mayor que se puede hacer de esta funcion de guerra, es referirse á los documentos de los enemigos, en que asientan, que de catorce oficiales que conducian la columna de asalto, quedaron fuera de combate once.

En cuanto al centro, aunque calculado de mas débil por los americanos, no fué el objeto de sus mas fuertes ataques.

El coronel Echagaray en el último extremo reunió la fuerza que habia quedado en pié y emprendió su retirada.

Los soldados de Mina se retiraron igualmente por las milpas hácia el bosque sin dejar de hacer fuego: la demas fuerza que defendia las azoteas, rodeada por frente y retaguardia, cayó prisionera.—El coronel Tenorio cumplió hasta el último extremo con los deberes de un militar de honor, y herido gravemente, fué hecho tambien prisionero. Suazo, oficial de Mina, casi moribundo salvó la bandera de su batallon, enredándosela en la cintura y presentándola despues á los que habian escapado del desastre, cubierta con la sangre de sus heridas.

La posición de los molinos cayó finalmente en poder del enemigo, nuestra línea rota, no sin que esta parte del campo hubiese quedado cubierta de los cadáveres de los soldados americanos, y perecido la flor de su oficialidad.

Una vez esta parte de la batalla forzada, establecieron una batería frente de las casas de los molinos, y en union de nuestras piezas, que habian caido en su poder, dirigieron sus fuegos á la Casa-Mata, cuyos defensores habian sabido sostener admirablemente el punto.

Las columnas enemigas rodearon esta segunda posicion, atacándola con todo esfuerzo. Con el mismo fueron recibidos por nuestras tropas que guarnecian las azoteas y parapetos, de manera que fué una lucha, se puede decir, cuerpo á cuerpo, y en este particular, como mayor elogio, debemos referirnos tambien á los documentos oficiales de los mismos enemigos, que asientan que línea á línea tuvieron que conquistar el terreno. En estos momentos murió valientemente el recomendable coronel D. Gregorio Gelaty.

Sin que ocurriera la reserva, sin que la caballería, á pesar del clamor general de todos los lejanos espectadores, ejecutara su carga, dispersas las tropas del centro, y forzada absolutamente la ala izquierda de la línea, y atacada por el frente y flancos por la artillería, la Casa-Mata cayó en poder del enemigo, y el general Perez, que la defendió con honor, efectuó igualmente su retirada por las milpas situadas detras del edificio, y logrando llegar á la calzada de la Verónica.

Nuestros lectores habrán estrañado el que no mencionemos en todo este conflicto al general Santa-Anna. Es porque despues de haber formado el día 7 su magnífica línea, y de haberla casi destruido en la noche del mismo 7, se retiró á dormir á Palacio, y al amanecer marchó á la garita de la Candelaria, punto que creyó deberia ser atacado. La accion, pues, del Molino del Rey careció de general en jefe, y se redujo á los esfuerzos aislados de los que tuvieron bastante honor y patriotismo para cumplir con su deber, y que se vieron abandonados de los gefes de que hemos hablado, de la numerosa caballería, y sin esperanza de ser auxiliados, ni de obtener una victoria.

En la garita de la Candelaria se observó el fuego de cañon, que como hemos dicho, comenzó al rayar el día. El general Santa-Anna se dirigió al lugar del combate, á la cabeza del primer regimiento ligero; pero no llegó sino hasta cosa de las nueve y media de la mañana, hora en que la derrota estaba consumada y era imposible reparar los desastres. En la calzada de Anzures encontró el general Santa-Anna al coronel Echagaray, que se retiraba, conduciendo con mil esfuerzos dos piezas de la batería tan tenazmente disputada.

Se intentó resistir al enemigo que continuaba su avance; pero siendo ya imposible, se abandonaron las piezas, y las tropas se retiraron á Chapultepec.

Las baterías del cerro habian continuado haciendo fuego con mucho acierto, sobre las posiciones que habian ocupado los enemigos. Una bomba cayó en la Casa-Mata, y voló el repuesto de pólvora que habia en ella, pereciendo el teniente americano de ingenieros Armstrong.

Algunas fracciones de las columnas de asalto enemigas intentaron penetrar en el bosque; pero fueron contenidas por los batallones de San Blas y Querétaro, y este último, todavía lleno de entusiasmo, obró oportunamente con muy buen éxito, pues el enemigo desistió de su intento.

Los americanos recogieron sus heridos y oficiales muertos, y se retiraron á su cuartel general de Tacubaya. Segun sus partes oficiales, perdieron cerca de ochocientos hombres.

Supuesto que los enemigos forzaron nuestras posiciones y ocuparon nuestro campo, en el lenguaje militar no puede dársele á esta funcion de armas mas nombre que el de derrota; pero nosotros juzgamos que es una de las derrotas que nos honran, una de las mas señaladas y sangrientas batallas de toda esta guerra, y en la cual los soldados mexicanos dieron un evidente testimonio de su valor y entusiasmo.

Los americanos asientan, que esa accion la mandó el general Santa-Anna en persona, y que combatieron catorce mil hombres por nuestra parte. Lo que hemos referido es la simple y sencilla verdad de los hechos. El lector podrá deducir las consecuencias, y conocer evidentemente las causas que ocasionaron este nuevo y sensible desastre.

